

rar, por acción o por omisión, con los diversos stalinismos existentes. Pienso, por ejemplo, en Céline; fue un soberbio escritor al que ya no es posible recordar sin horror o piedad, porque introdujo su talento en el pozo del mesianismo nazi. Es cierto que hoy ni un solo escritor de talento tiene la pavorosa desvergüenza de redactar panfletos equivalentes por la «izquierda» al antisemitismo rabioso de Céline. Pero es cierto también que hay muchos escritores que contemplan a millones de seres sometidos, a millones de seres privados de su sagrada dignidad de nacidos de madre, a millones y millones de almas reducidas al miedo, la producción y la obediencia, y los contemplan sin pestañear, o simplemente pestañean. Si al planeta no lo devoran los asesinos termonucleares y alguna vez todos esos millones de personas se sacuden sus policías y consiguen organizar sus vidas en la honorabilidad de la democracia, si alguna vez apartan sus burocracias y sus nomenklaturas y organizan sus parlamentos, sus senados, sus sindicatos y, en fin, meditan su futuro con la alegría de saber que serán ellos quienes lo construyan, que por fin vivirán escribiendo su propia Historia y no más al dictado, si alguna vez esto sucede, ¿qué pensarán entonces esos millones y millones de seres humanos al recordar que hubo en Occidente individuos privilegiados, dueños de un lenguaje expresivo y con acceso a los medios de comunicación, y expertos en el arte de denunciar las injusticias, que sin embargo, ante todo ese horror, ante toda esa desolación y esa vergüenza que cubrían la mitad de la Tierra, no ejercitaron su arte maravilloso de protestar por el sometimiento de unos pueblos tan sometidos como lo eran otros, o protestaron con sordina, y con preservativo, y en el fondo con cierta concesiva desgana? ¿Qué pensarán entonces? Porque, además, ellos, oficiantes de las palabras, al traicionar con el olvido, o el silencio, o los vagos susurros, a todas esas multitudes sometidas en nombre del Socialismo, de la Justicia Universal, del Hombre Nuevo, traicionaban también a esas admirables palabras. «Que Hitler exterminara o torturara a seres indefensos, que instruyera niños para denunciar a sus padres, que pusiera la fidelidad al Tercer Reich por encima de los sentimientos más sagrados de la criatura humana, es atrozmente lógico. Pero es siniestramente ilógico que invocando la Justicia Universal y el Socialismo se torture y asesine. ¿Qué Hombre Nuevo se podría construir con semejantes preparativos? ¿En virtud de qué milagro la perversidad y la astucia, el terror y la delación, el maquiavelismo y los campos de concentración podrían preparar el advenimiento de un hombre...?» (7). ¿De qué hombre? ¿El hombre nuevo? Parecía posible

---

(7) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*. Seix Barral, Barcelona, 1979, p. 119.

en 1917: «En 1917 la Rusia zarista fue conmovida por una gigantesca revolución que exigió pan y libertad. ¿Qué hombre generoso y, sobre todo, qué joven idealista no habría de inclinarse a juzgar como una gran esperanza aquel acontecimiento histórico?» (8). Pero después, a la vista de cuanto ya sabemos que ocurrió, y que aún ocurre, no sólo con el diccionario, sino con los seres concretos, ¿qué hombre generoso podrá seguir comprometiendo a su conciencia para que sirva de cortina ante la palabra *gulag*, que *no* es una palabra? Antes o después no quedará un solo escritor de mediano talento y de justa moral que consienta en acompañar con su pluma a la única razón que le queda a la dictadura soviética: la razón de los tanques. Y es tal vez este destino inexorable, esa desnudez que se anuncia, un curioso motivo por el que algunos de los críticos furibundos de Sábato son tan críticos, tan furibundos, y lo son contra Sábato: que saben, allá en el fondo de su corazón, que esa complicidad es ya asombrosa y pronto será insostenible, y mientras se deciden a tomar la decisión o la distancia que ya está escrita en la historia de la moral civil de los artistas no pueden evitar recordar que en este paso al frente Sábato fue un pionero, prácticamente un solitario (9). No esperó hasta el acoso contra el pueblo polaco, no aguardó hasta la invasión de Afganistán por marines soviéticos, no esperó hasta el aplastamiento del socialismo democrático checo, no aguardó hasta que se produjo la represión

---

(8) *Apologías y rechazos*, p. 137.

(9) Pero hubo otros solitarios; Camus, a quien la algarabía más o menos ortodoxa pretendió disminuir, mientras él siguió creciendo, inexorable como la verdad. Koestler, a quien se hizo un impresionante vacío desde una izquierda que hoy ha de continuar aprendiendo del temprano coraje de aquel apestado. Octavio Paz, a quien todavía transnochados prochinos sueñan con arrancarle la lengua que él jamás se mordió. Hay algo divertido en todo esto: que el número de esos solitarios alcanza ya a ser multitud. Pero, precisamente ahora, que somos multitud, es cuando se hace imprescindible proclamar el liderazgo moral de los pioneros, de aquellos solitarios que con su extraordinaria energía moral hicieron posible que hoy seamos multitud quienes condenamos a la doble moral. Uno de aquellos solitarios, ligeramente posterior a Sábato en su gesto de desmitificar el paraíso de la URSS, escribía en 1937: «Desde luego, admiro la constancia de vuestra confianza, de vuestro amor (lo digo sin ironía). Aún así, camaradas, estáis empezando a preocuparos, no lo neguéis. Y os preguntáis con creciente angustia (frente a los procesos de Moscú, por ejemplo): ¿hasta dónde tendremos que seguir aprobando? Tarde o temprano abriéis los ojos, no tendréis más remedio que abrirlos. Os preguntareis entonces: ¿cómo hemos podido mantenerlos cerrados tanto tiempo?». Estas frases aparecían, en junio de 1937, en *Retoques a mi Regreso de la URSS*. Su autor, André Gide, con ese texto, y con el anterior, *Regreso de la URSS* (1936), originó un escándalo en el mundo intelectual europeo. Fue anatémizado, acordonado por el insulto, ensuciado por la calumnia, acorralado por el odio. Durante la preparación del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en la España de 1937, se suscitaron contra Gide situaciones absolutamente vergonzosas y radicalmente inmorales. Gide, con su independencia moral, había escandalizado a algunos escritores que ejercieron de comisarios. Aquel escándalo es hoy escandaloso: no podemos asomarnos a aquella turbiedad sin sentirnos abochornados. Pero hay algo todavía más escandaloso: que aquellas frases de André Gide, escritas hace cuarenta y cinco años, siguen siendo vigentes. (Véanse André Gide: *Regreso de la URSS*, Muchnik Editores, Barcelona, 1982, y Manuel Aznar Soler y Luis Mario Sneider: *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, 1937*, tres volúmenes, Editorial Laia, Barcelona, 1978.)